

Prólogo

Cuando Salva me propuso escribir un prólogo para su libro, le pedí primero que me contara con detalle de qué iba. Pensé que estaba loco. De repente, con un enorme entusiasmo, empezó a compartir conmigo sus ideas sobre lo mucho que el mundo empresarial puede aprender del mundo de la música (creatividad, trabajo en grupo, capacidad de liderazgo...) y mencionó una gran cantidad de conceptos que son básicos para el mundo de la empresa pero que también lo son para mi profesión, la música. Nunca me había planteado que no estamos tan lejos, y no sólo eso, sino que estamos mucho más cerca de lo que nos podemos imaginar.

Para mí la música lo es todo. Empecé a tocar el piano con tres años, y desde entonces no he parado. He tenido la suerte de contar con el apoyo incondicional de mis padres en todo momento, gracias a los cuales he podido tener una educación fantástica tanto escolar como musical. La música como profesión tiene una grandísima cantidad de vertientes, y afortunadamente yo toco unas cuantas. Para mí, por ejemplo, es muy importante componer (no sólo canciones, también obras de teatro musical, o sintonías para programas de TV o bandas sonoras para producciones audiovisuales) y escribir letras de canciones, pero es un trabajo duro, muy duro, y sobre

todo solitario. En cambio, cuando más disfruto de la música es cuando aparecen en el tablero otros personajes, ya sean más músicos o el público (objetivo final de todo aquél que se manifiesta artísticamente, todos necesitamos un público). La sensación de inmenso placer que se tiene al compartir escenario con otros músicos y hacer música juntos es algo extremadamente difícil de superar. Pero no es sólo el instante compartido en el escenario (siempre fugaz) lo que nos hace crecer y aprender. En realidad, es el largo camino recorrido hasta llegar al día del bolo lo que me enriquece de sobremanera. Los ensayos, compartir conocimientos con mis colegas músicos, hablar de artistas a los que admiramos mientras descansamos entre largas horas de ensayos, y sobre todo el hecho de estar rodeado de músicos a los que admiro es lo que más me hace amar mi trabajo.

Siempre he tenido muy clara una cosa: cuando monté mi banda, con la que hace ya casi diez años que tenemos una fantástica relación personal y profesional, quería rodearme de músicos que fueran todos mejores que yo, cada uno en su instrumento. Y lo conseguí. Mis compañeros de escenario son auténticos monstruos virtuosos de su instrumento, mucho más de lo que lo soy yo. Y en lugar de eclipsarme y quitarme protagonismo (como piensan muchas estrellas mediocres que hoy en día hacen giras mundiales, que creen que ellos tienen que ser los mejores en el escenario y que no puede haber nadie mejor en su banda, grandísimo error) hacen que yo brille mucho más y que parezca mucho mejor músico de lo que en realidad soy. Y esto es fantástico. Y por encima incluso de las cualidades musicales de mis compañeros, para mí es más im-

Prólogo

portante que sean buena gente. El mundo de la música está lleno de divos pedantes y soberbios y de artistas con egos infinitos, pero yo siempre he dicho que prefiero trabajar con un buen músico que es buena gente antes que trabajar con un megacrack que es un idiota. Y, además, las veces que he podido conocer a auténticas figuras del mundo de la música, los que realmente son buenos, los mejores, son siempre los más humildes y sencillos. El que nos dediquemos a la música no nos convierte en personas especiales, ni en genios ni en virtuosos, sencillamente ejercemos un talento y una profesión del mismo modo que lo hace un médico, un abogado o un fontanero. Y el que piense lo contrario no se merece mi respeto. Y jamás pensaré que los demás artistas son rivales a batir, sino todo lo contrario. Creo que tenemos la enorme fortuna de que la música siempre nos enseña algo, y que todos estamos constantemente aprendiendo los unos de los otros, lo que en términos empresariales se denomina una relación WIN-WIN. ¿Veis? Salva tiene razón. No estamos tan lejos.

MANU GUIX

Introducción

¡HOLA! ESTE ES UN LIBRO DIFERENTE. ¿ESTÁ PREPARADO? En este libro vamos a hablar de música (sobre todo de rock) y de negocios, una combinación visiblemente exótica (si obviamos, evidentemente, el negocio de la música). Veremos lo que en el idioma académico y de negocios se conoce como *best practices*, *case studies* y *business models*, pero en lugar de mirar lo que hacen otras empresas lo que haremos será dirigir nuestra mirada hacia el mundo de la música para buscar todas estas cosas allí.

No sabría decir en cuál de los dos mundos empecé a caminar primero. Cuando estudiaba Ciencias Económicas y Empresariales (preparándome para los negocios), me sucedió algo inesperado. Era el año 1992 y yo estaba de vacaciones, esperando a que comenzara el tercer curso de mi carrera universitaria. Aquel verano se celebraba la Expo de Sevilla, además de los magníficos Juegos Olímpicos de Barcelona. Los JJ.OO. trajeron a Barcelona el espíritu deportivo, de sacrificio (ejemplificado por igual por los deportistas y por los miles de voluntarios que tanta entrega y altruismo demostraron), de superación, y sobre todo el espíritu de equipo, y a la vez proyectaron al mundo esta ciudad valiente y hermosa que se atrevió y se atreverá siempre a tanto. Pero mientras todo esto sucedía en

Barcelona pasaron otras cosas, más al sur, en otra ciudad increíble, de esas que dan carácter a un país entero: en Sevilla.

Aquel año hubo en el marco de la Expo un ciclo de conciertos al aire libre centrados en un instrumento musical: la guitarra. Como la guitarra ha sido y es parte central en muchos estilos musicales, hubo conciertos dedicados a estilos concretos: un concierto de guitarra flamenca, uno de guitarra de jazz, y sobre todo uno de rock. En este último concierto (la noche de las «guitarras locas», como la definió Brian May, el inmortal guitarrista de The Queen) estuvieron presentes algunos de los más destacados guitarristas eléctricos del momento, empezando por el mismo Brian May y siguiendo por el alienígena Steve Vai y su antiguo profesor y entonces ya colega, Joe Satriani, y otra estrella del momento, Nuno Bettencourt (Extreme), al que yo suelo definir como un guitarrista pirotécnico por su mezcla de melodía y ritmo (no en vano en sus orígenes instrumentísticos la batería ha tenido una notable influencia), además de otras leyendas vivas, como Joe Walsh (The Eagles).

Un ángel tocando la guitarra eléctrica

Yo tenía entonces 19 años, y mi interés en la música se limitaba a algún vinilo de Deep Purple y Rainbow, dos bandas de hard rock (eso era todo). Pero entonces recibí un mensaje impactante a través de la guitarra de Joe Satriani. Aquella noche, en Sevilla, Satriani interpretó uno de los temas instrumentales de guitarra eléctrica más conmovedores y reverenciados

Introducción

de la historia de la música: «*Always with me, always with you*». La aparente sencillez de aquella pieza, su belleza estética y musical, y su profundo mensaje armónico impactó en mi consciencia de la misma manera que Jimi Hendrix impactó sobre Eric Clapton (sin ponerme a la altura del señor Clapton, por supuesto). Para mí fue como una epifanía. Durante una semana seguida, después de aquella noche, tuve el mismo sueño una y otra vez: me veía a mí mismo con una guitarra eléctrica, tocando con la misma soltura y naturalidad que Joe Satriani. Estar soñando una semana seguida el mismo insistente y vívido sueño me llevó, al cabo de muy pocos días, a decidirme por pasar por la tienda de instrumentos de mi localidad y comprarme una guitarra clásica. Empecé por la guitarra clásica porque sabía que era el primer paso para llegar adonde quería llegar: a la guitarra eléctrica. Aquel fue el primer paso en una aventura que dura hasta hoy y que, evidentemente, ha definido mi camino en esta vida.

Por supuesto, no hubiera ido a ningún lado en esta aventura si en mi vida no hubiera habido una persona clave que me inició en el arte de la guitarra: Alberto Tejedor, mi cuñado, guitarrista experimentado de extremada sensibilidad en los dedos y finísimo oído, que guió mis primeros pasos como guitarrista, me enseñó las primeras canciones y me regaló mi primera guitarra eléctrica.

Al cabo de un tiempo de iniciar mi aventura personal con la guitarra eléctrica me uní a la coral de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, donde cursaba mis estudios.

La aventura de la música me llevaba más y más allá, en una espiral virtuosa y creativa que sumaba y sumaba a mi expe-

riencia vital y me hacía mejorar como músico y a la vez ampliar mi experiencia como ser humano. Junto a aquella coral subí a los primeros escenarios y empecé a experimentar ese sentimiento de pertenencia del que habla la pirámide de Abraham Maslow, de un modo intenso y enriquecedor. Tanto fue así que permanecí en la coral varios años, incluso después de acabar mis estudios universitarios. Me hubiera quedado allí de por vida, pero por conflictos de gestión la coral decidió autodisolverse, dejando en nosotros un recuerdo imborrable y una huella que nos marcaría a todos para siempre. Habíamos estado, por primera vez, en lo que hoy en día y en el ámbito empresarial se conoce como un «equipo de alto rendimiento».

En la coral aprendimos el valor del grupo por encima del individuo. Aprendimos a sumar y a ofrecer, en lugar de a reclamar y acaparar de un modo individual. El sentimiento de sumar nuestras voces para deleitar al público fue algo sublime. Hoy en día, como cantante de una banda de rock, confieso que echo muchísimo de menos aquel sentimiento de comunión, y sigo anhelando el día en que pueda volver a sumarme a un grupo, sin más, tan sólo para construir algo tan delicado como una pieza para coral.

En la coral de la UPF practicamos todo tipo de músicas, desde Mozart hasta espirituales negros y *gospel*, pasando por Monteverdi, el cancionero anónimo de Turín, e infinidad de músicas populares que cantábamos con la misma dedicación y entrega en alemán, inglés, polaco, hebreo, francés, italiano o inglés y, por supuesto, en castellano, catalán y gallego.

Después de un tiempo de estar musicalmente huérfano me uní a otro proyecto musical, esta vez una coral de *gospel* y

espirituales negros llamada Zetzània, en Cornellà, Barcelona. En esta coral me reencontré con aquel sentimiento de pertenencia, de trabajo en equipo, de poner al grupo por encima de las individualidades, pero como mi voz había evolucionado (había tomado algunas lecciones de canto) esta vez pude estrenarme como solista en alguna de las piezas, con lo que experimenté algo nuevo: brillar (brevemente) apoyándome en el trabajo de mis compañeros y sobre todo gracias a ellos. Años más tarde he reencontrado esta lección (brillar apoyándose en el equipo) en Peter Gabriel, sin duda uno de los músicos más creativos e innovadores que ha dado el mundo del rock y del que hay innumerables lecciones que aprender, sea usted un músico, una persona de empresa, académico o cualquier combinación de estas tres cosas (o de cualquier otra).

«Págueme, jefe, que tengo que matricularme de solfeo»

Cuando me licencié del servicio militar, empecé a trabajar y tuve mis propios ingresos, me inscribí rápidamente en la Escuela Municipal de Música Moderna de Badalona, en la que aprendí solfeo y armonía y en la que, por fin, alguien me dio unas nociones serias y regladas sobre cómo tocar la guitarra eléctrica, la cual hacía años que manejaba de oído. Salía de la oficina a toda prisa y volvía a mi ciudad en tren. Mi madre me recogía en la estación trayéndome la guitarra eléctrica y me llevaba a la escuela de música derrapando por las calles para llegar a tiempo. Y así lo hizo con esfuerzo y amor du-

rante tres años hasta que una buena oportunidad laboral me llevó a trasladarme de ciudad, de Barcelona a Madrid. Entonces tuve que dejar la escuela de música y también la coral Zetzània. Abrí así un paréntesis musical mientras desarrollaba mi carrera como hombre de marketing en un entorno multinacional dentro de una de las unidades más innovadoras del Grupo Telefónica, la filial para Internet bautizada entonces como Terra Networks. Mientras viajaba por el mundo y compartía maneras de trabajar y de innovar con profesionales del marketing de Estados Unidos, Canadá, México, Brasil, Argentina y muchos otros países, también de Europa, solía llevar en mis largos vuelos transoceánicos mis amados cedés de música y sobre todo una púa de guitarra en el bolsillo. «Para no olvidarme de quien soy», solía pensar.

He conocido a muchos hombres de empresa que fueron años atrás músicos en bandas de rock (o de otras músicas), pero que lo dejaron al incorporarse al mundo de la empresa. Me parece un cambio triste y una pérdida. Una banda de rock (o de cualquier otro estilo musical, sea funk, jazz, metal o cualquier otro) es un entorno de creatividad, trabajo en equipo, orientación a objetivos, negociación, innovación y metodología, una banda bien puede ser un equipo de alto rendimiento. ¿Y no son éstos términos fundamentales en el mundo de la empresa? Por supuesto que lo son.

Durante aquel periodo de mi vida apareció otra persona clave en mi camino musical, mi gran amigo, actor y técnico de sonido Marçal Cruz, con el que aprendí y sigo aprendiendo grandes lecciones y que me enseñó a utilizar algunos programas de grabación y edición de sonido. Con Marçal, ade-

más, pisé por primera vez un auténtico estudio de grabación, una experiencia mágica para mí. Tenemos algunas composiciones a medias y de algún modo es una persona que siempre está ahí, con su gran conocimiento, su experiencia y sus buenas vibraciones. Soy afortunado de tener amigos como él y la música ha sido sin duda el pegamento que nos ha unido en este viaje.

No puedes responder a lo que no te han preguntado

En la primera etapa de mi carrera profesional tuve que pasar por las típicas entrevistas de trabajo con entrevistadores profesionales, tanto de empresas de selección de personal como de RR.HH. En algunas de esas entrevistas me preguntaron si realizaba deportes de equipo. Con este tipo de preguntas un entrevistador pretende averiguar hasta qué punto un candidato sabe trabajar en equipo, evidentemente. Sin embargo, nunca nadie me preguntó si tocaba algún instrumento musical ni si tocaba en una orquesta, banda de rock o agrupación musical de alguna clase. Además, siempre tuve la sensación de que era mejor no mencionar mi afición musical, sobre todo porque se basaba en el rock y sospecho que eso hubiera despertado ciertas susceptibilidades, en lugar de ayudarme a conseguir el puesto.

En cualquier caso, varios años más tarde, habiendo dejado atrás el entorno de innovación que me ofrecía el Grupo Telefónica, inicié nuevos capítulos de mi vida musical, incluyendo la formación de un cuarteto de voces a capela, y sobre

todo una banda de rock, *Ignitium*, con la que subí a los escenarios de multitud de salas barcelonesas. Paralelamente a todos esos proyectos, y como empujado por un afán creativo a veces preocupante, fundé mi propio programa de radio dedicado a la música, junto con el bajista de mi banda, Rubén Rodríguez, un verdadero catedrático de la historia de la música, que se apuntó a mi propuesta con un entusiasmo digno de elogios y que ha sido, y es, fuente de constantes aprendizajes en cuanto a lo musical se refiere. Muchos de los ejemplos que cito en este libro provienen de sus conocimientos enciclopédicos del mundo de la música y de los músicos. Él ha revisado también este manuscrito aportando comentarios y sugerencias, que he incorporado sin dudarle un momento.

Este panorama tan poliédrico catalizó una completa reinención personal que me ha llevado a las aulas de ESADE Business School como profesor colaborador del departamento de Dirección de Marketing. Algunos de mis alumnos son devotos admiradores de Led Zeppelin, Pink Floyd o Jethro Tull y, por supuesto, de muchos músicos y bandas que yo ni conozco (¡ah, la música es tan grande...!) y algunos incluso tocan en bandas (¡bravo!). De vez en cuando se me acercan en la biblioteca y me entregan sus maquetas para que les dé mi opinión, confianza que les agradezco mucho.

Pero este libro no es un recetario de soluciones, sino más bien un «seminario» en forma de libro. Etimológicamente seminario proviene del latín *seminarium*, compuesto de *semen* («semilla») y de *arium* («lugar para guardar las cosas»), y se define como un lugar donde los profesores guardan su semilla esperando que, en las mentes de sus estudiantes, germinen y

Introducción

confluyan ideas antes separadas, generando así nuevas soluciones a nuevos y a viejos problemas. Al igual que sucede con las personas que han asistido a mis conferencias o a los estudiantes que asisten regularmente a mis clases en ESADE Business School, algunos de los lectores de este libro tendrán de inmediato ideas nuevas en sus cabezas, estimulados o inspirados por los ejemplos y casos que encontrarán en sus páginas, todos ellos provenientes del mundo de la música. Otros tardarán más, y dentro de un tiempo (unas semanas o unos años) recordarán alguna de las ideas expuestas aquí, y encontrarán la solución a alguno de sus problemas empresariales. Pero no se sorprenda si le digo que eso también puede sucederle si acude al próximo concierto de U2, AC/DC, MUSE, Radiohead o Coldplay y observa el espectáculo con ojos nuevos, aunque también puede sucederle cenando tranquilamente o tomando una copa en algún local de jazz de su localidad mientras observa atentamente qué sucede en el escenario.

Es tanto lo que el mundo de la música puede enseñar al mundo de los negocios que el reto de escribir este libro me parece ahora una mera cuestión de dedicarle el tiempo necesario a escribir unas líneas que, sin duda, se van a escribir prácticamente solas.

«Gracias, gracias, muchas gracias»

Me siento profundamente agradecido a mi familia, en especial a mi mujer, que tanto me ha apoyado siempre, con su sacrificio y con sus buenas ideas, en todas mis aventuras, mu-

sicales o de otra índole creativa; a mi padre, que trató de comprarme una guitarra cuando era un niño; a mi madre, que durante años me recogió a la vuelta de mi trabajo para llevarme a clases de música; a las personas que han venido a mis conciertos con la banda de rock *Ignitium*; a mis colegas académicos, todos ellos gigantes; a mis socios y colegas en lo profesional; a Richard Boyatzis, por su apoyo e inspiración; a Félix Ortega, Núria de José, Esther Pérez y a todo el fantástico equipo de COMRàdio en Barcelona; a los amigos entusiastas musicales que me han apoyado en el planteamiento de este libro, Rubén Rodríguez, Óscar Relloso y Marta de Frutos (tres auténticos catedráticos del rock); al equipo de ESADE Creapolis, por creer que sería buena idea ofrecer una conferencia donde el conferenciante se atreviera a innovar tocando la batería, el piano y la guitarra eléctrica, además de cantar y hacer cantar a un centenar de asistentes. Por supuesto, también quiero agradecer a mi editor, Sergio Bulat, gran admirador de Rush, por su inteligente guía durante este «parto» literario y por apoyar desde el principio este osado proyecto.

Mil gracias a mis amigos músicos Mónica Sans y Luis Morate por haberme presentado a Dominic Miller, el fantástico guitarrista que acompaña a Sting desde hace dos décadas, y haberle hecho conocedor de este libro. Un gran abrazo lleno de agradecimiento y admiración para Manu Guix por su magnífica música, su espíritu y su asombrosa humildad, y por el cariño que ha puesto al escribir el prólogo.

Y finalmente quiero agradecer a Dolors Carreño, directora de Custom Programs en ESADE Business School, por haberme hecho ver que el rock y el management podían conectarse.

Mientras Telémaco dormía, Ulises planeaba nuevas odiseas...

Y después de esta lista de agradecimientos, no quiero dejar de mencionar mi nueva aventura musical en formato de trío (tras la autodisolución de los *Ignitium*), al que hemos bautizado como «Telémaco Dormía». Nuestra aventura puede seguirse por Internet en formato de videoblog en un proyecto que hemos denominado «De cero al escenario», porque trata de mostrar desde dentro cómo se monta una banda de rock desde el momento cero hasta que estemos listos para subir a un escenario a mostrar nuestra música, el fruto de nuestro trabajo en equipo, donde ponemos en práctica algunas de las habilidades de las que hablo en este libro.

Este proyecto puede seguirse desde mi página web: www.rockynegocios.com y también desde mi blog personal <http://rockvolucionempresarial.wordpress.com>, sin olvidar mi cuenta en Twitter@Viajerosonico.

LA MÚSICA ES MUCHO MÁS DE LO QUE APARENTA SER

«Making music should not be left to the professionals.»

Hacer música no debería dejarse [sólo] a los profesionales)

MICHELLE SHOCKED, cantautora

El primer instrumento musical utilizado por el hombre fue el litófono: dos piedras que al chocar entre sí producían un so-

nido de percusión. Nuestros ancestros, es decir las primeras versiones de nosotros mismos, debieron usarlo en el interior de las cuevas, donde seguramente produciría un efecto sonoro interesante. Ese sonido de golpes repetidos podría usarse en ceremonias para sincronizar a los componentes del grupo en una única danza, ejecutada al unísono a través de ritmos diversos (de un modo muy semejante al que hace hoy en día una batería, que sirve para marcar el ritmo y sincronizar el tempo de una banda de rock, o de cualquier otro estilo que incorpore una batería). Así, la percusión es probablemente la primera música creada por el hombre, antes incluso del uso de la melodía.

Siempre me ha llenado de admiración y perplejidad el complejo proceso evolutivo que nos ha llevado desde el litófono, por poner un ejemplo, hasta la construcción de algo tan hermoso y perfecto como un violín, al otro extremo de la línea del tiempo (aunque uno sea un instrumento de percusión y el otro de cuerda, al fin y al cabo su finalidad es la misma: producir música). ¿Se imaginan la cantidad de personas que han intervenido en ese proceso milenario? Ese fruto musical del tiempo ha madurado gracias al efecto acumulativo de pruebas y errores innumerables, instrumentos diversos, a caballo entre el litófono y el violín, y músicas, muchas de las cuales no dejaron huella en la historia por la sencilla razón de que no existían aún las partituras para emanciparse de la transmisión oral de músico a músico (seguramente de padres a hijos).

Sin embargo, un violín está hecho de algo tan sencillo y natural como la madera. Es aún más increíble el proceso crea-

tivo y de innovación que culminó con la construcción de un instrumento tan complejo como el piano de cola, con sus miles de piezas, su equilibrio y su perfección mecánica y sonora. Jerry Lee Lewis nunca hubiera podido componer su «*Great balls of fire*» —metiendo de lleno el piano en la órbita del rock and roll— sin ese proceso acumulado, ni Ray Charles hubiera podido sacar el *gospel* de las iglesias y ponerlo en manos de la música popular sin ese mismo proceso. Es un ejercicio sorprendente echar la vista atrás en el mundo de la música, así como en el mundo de las empresas, no lo duden, y darse cuenta de lo mucho que debemos a los que nos precedieron. A veces, parece que al hacer ese ejercicio estamos dando vida al mismísimo Tiempo.

¿Le apetece un sorbito de oxitocina?

El ser humano es tanto un ser lingüístico como musical, y en él la música es también un lenguaje. En las culturas preindustriales la música cumple funciones importantes en ceremonias grupales, en los llamados *ritos de paso* (rituales importantísimos desvirtuados y perdidos hoy en día en las sociedades modernas) y como catalizadores de estados de consciencia diferentes al habitual, llamados también estados de conciencia no ordinarios. Se sabe que cantar en grupo (como en las corales) estimula la secreción de oxitocina (todos los padres y madres estarán familiarizados con esta hormona protagonista de los partos), y además, la música estimula la producción de algunas endorfinas. El eminente psiquiatra y místico Stan

Grof ha estudiado ampliamente el uso de la música para inducir estos estados de consciencia no ordinarios, usando cantos repetitivos al estilo de mantras, acompañados de percusiones repetitivas, que conducen a la mente a estados de comunión transpersonal y también a estados de creatividad.

Curiosamente aparece así, hablando de música, la primera palabra clave en el mundo de las empresas de hoy en día: la creatividad. Pero aparece también otra palabra relacionada, insospechadamente, con el marketing y el mundo de la empresa: la Psicología Transpersonal, uno de cuyos mayores desarrolladores fue Abraham Maslow. Es una pena que en las escuelas de negocios sólo se hable de Maslow para nombrar su archiconocida «pirámide de las necesidades», a la que normalmente nos referimos sólo como «pirámide de Maslow», que nos habla de los distintos peldaños de las necesidades humanas, desde las más básicas y fisiológicas (comida, protección, abrigo) hasta las más elevadas (autorrealización, trascendencia). Sin embargo, el legado de Abraham Maslow trasciende con mucho esa simple herramienta que el marketing ha adoptado como suya. Su concepción de la Psicología Humanista, la Psicología Transpersonal y las experiencias cumbre nos transmiten el mensaje de que la naturaleza humana busca de manera natural la plena realización y nos hace vislumbrar nuestra naturaleza divina. En lugar de estudiar a enfermos mentales, él estudió a individuos sanos (todo un ejercicio de innovación, por cierto). Creo que sus hallazgos y conclusiones deberían formar parte de nuestra educación básica y de nuestra cultura general.

No quiero concluir esta sección sin mencionar algo sor-

prendente. Cuando la sonda Voyager pasaba entre Júpiter y Saturno efectuó una grabación del sonido de aquella región del espacio. Resultó que se escuchaba un sonido compuesto, complejo y perfectamente armónico, como una sinfonía espacial. Puede escucharlo en Youtube buscando Júpiter y Voyager, es un sonido maravilloso e inquietante. Por lo visto ese sonido resulta del viento solar colisionando con la ionosfera de Júpiter. Como ve, la vibración y el sonido están presentes en todas partes, incluso en el frío y oscuro espacio. No sé a usted, pero a mí me da qué pensar. No me extraña que los pájaros y las ballenas canten, que los lobos aúllen y que el ser humano sea tan lingüístico como musical. Me parece que la música forma parte de la existencia en sí misma.

Un buen siglo para los cócteles...

Este es un siglo prometedor, es el siglo donde muchas cosas se mezclan (aunque fueron Peter Gabriel y Genesis los que desde el mundo del rock nos enseñaron, a principios de los años 70, a mezclar cosas interesantes —en su caso rock y teatro—, para crear algo nuevo, armónico y coherente). En este siglo la ciencia se está acercando a la espiritualidad a una velocidad creciente. Estamos viendo cómo los primeros maestros de meditación aparecen como conferenciantes en seminarios para directivos de empresas; cómo Tenzin Gyatso (el XIV dalái lama) escribe libros que hablan de Física; cómo los libros de Física Cuántica se preocupan de conceptos antes considerados materia de la espiritualidad; cómo ciertos es-

tudios occidentales de técnicas espirituales orientales propagadas, de la mano de Daniel Goleman, conceptos como la *inteligencia emocional*, hoy materia de los departamentos de RR.HH. de las empresas; cómo la Psicología moderna está comprobando la veracidad de conocimientos ancestrales sobre el funcionamiento de la mente, o cómo de nuevo se están uniendo conceptos que nacieron unidos (la medicina y la espiritualidad) y fueron erróneamente separados durante nuestro proceso evolutivo social. ¿Acaso no le ha sorprendido que hace unas líneas nombrara al Dr. Stan Grof refiriéndome a él como psiquiatra y místico? ¿Hubiera imaginado que se pudiera ser las dos cosas a la vez?

Este es un buen siglo para mezclar cosas aparentemente distantes. El mestizaje ha sido siempre un buen ejercicio de creatividad y fuente de innovación, y es ya el momento de poner sobre una misma mesa rock and roll y management (aunque aparentemente no tengan la misma altura intelectual que la ciencia o la espiritualidad).

Soy consciente del contraste de todos estos términos. Disponer en un mismo párrafo palabras tan dispares como espiritualidad, ciencia, meditación, inteligencia emocional, medicina, rock and roll y management es a todas luces una apuesta arriesgada, pero como músico, como académico y como hombre de empresa confío y cuento con el poder de la creatividad por encima de todas las sombras de la mente humana, y sé que lo expuesto en este libro irá cobrando sentido a medida que avancemos por sus páginas y vayamos desgranando los innumerables ejemplos que nos servirán de hilo conductor y nos guiarán.